

Cuadernos Políticos, Número 38, México, D.F., Editorial Era, octubre –diciembre de 1983, pp. 72-80.

Adriana López Monjardin **Juchitán, las historias de la discordia**

Aquí derrotamos a los franceses: toditos, toditos se murieron... el Che Gómez es como el Zapata del Istmo... es que los de Tehuantepec siempre han sido traidores... había dos partidos: los verdes y los rojos... esas tierras eran de un marqués. Se compraron en tiempos de Obregón y los campesinos las pagaron en especie... el tiempo de antes era más bonito, pero luego nos empezaron a golpear por tener los intereses: por tener las tierras.

Son las voces de los juchitecos. Van llenando sus discursos, empiezan a aparecer en revistas, ensayos y algunos libros. Pero es ante todo la tradición oral y la primera carta de presentación que esgrimen ante el fuereño que los interroga y se desconcierta. Tal vez habría que insistir en inscribirlos en el presente, explicando sus movimientos sólo por sí mismos. Pero cuando sus respuestas siguen tan llenas de pasado, se empieza a descubrir que no hay dicotomía entre el antes y el ahora, que la historia que habla del ayer es a la vez lo propio y lo vivo.

Juchitán abre un espacio de reflexión extraordinario: el que media entre la enseñanza nacional, que tiende a desestructurar la memoria histórica configurada en procesos regionales, y la conciencia local, cuya alteridad resiste porque no ha sido puesta a prueba ante la nación y la modernidad. Aunque en la realidad social es imposible encontrar los extremos puros de estas opciones, resulta más fácil localizar y enfatizar aquellos casos en los que predomina uno u otro. En Juchitán, en cambio, coexisten los dos discursos: imbricados y decididamente diferenciados. Y en el regional destaca la interacción entre los recuerdos de hechos pasados y las preocupaciones actuales y cotidianas. Hay una memoria colectiva en continua actividad, un selectivo ir y venir hacia el amplio abanico de historias que cada momento de confrontación exige significantes.

Una comparación fragmentaria podría mostrar las semejanzas y divergencias puntuales entre la historia nacional y la local, pero ayudaría poco a comprender la lógica que organiza el discurso juchiteco. Éste tiene sentido en su unidad y en su funcionalidad, que no resisten la escisión entre formas y contenidos y son ellas mismas históricas.

Más allá de lo que cada una dice, en el ámbito complejo del cómo se dice se revelan dos lógicas distintas. La historia de la nación se enseña en las escuelas, trata de personajes desconocidos e ilustres; no se sabe quién la hizo y llega petrificada en papel y tinta, como si afirmara "así fue, les guste o no, ya no se puede cambiar". La historia regional habla de los abuelos y se platica en zapoteco; hay puentes accesibles que la unen con las esperanzas vigentes. No se trata de los otros que ya se murieron, sino de "nosotros, los que estamos vivos". Por eso, cuando la historia propia se empieza a escribir, emergen nostalgias e interrogantes:

¿Por qué se escribe sobre el papel en vez de escribir sobre la tierra? ésta es grande, es ancha, es larga.

¿Por qué no escribimos bajo la superficie del cielo

todo lo que dicen nuestras mentes, lo que nace en nuestros corazones?
¿Por qué no escribimos sobre las verdes hojas,
sobre las nubes, sobre el agua, en la palma de la mano?
¿Por qué sobre el papel?
¿dónde nació el papel?
que nació blanco
y aprisiona la palabra nuestra :
la palabra que esculpieron nuestros abuelos entre las flores.¹

Pese a sus profundas diferencias, los dos discursos históricos no son necesariamente antagónicos o excluyentes. La memoria colectiva destaca la participación de los juchitecos en los grandes momentos de la vida nacional y perfila su presencia en la construcción de México. Están convencidos de su rebeldía ante la opresión y saben que otros pueblos pelearon contra los grandes enemigos que ellos combatieron: los españoles durante el período colonial, los franceses durante la intervención y los latifundistas y jefes políticos durante el porfiriato.

Compartieron también las grandes expectativas campesinas en los albores del siglo XX: el respeto a los derechos agrarios de la comunidad y al municipio libre. Años más tarde, les fue llegando su pedacito de desarrollo: se construyeron escuelas, las carreteras atravesaron el Istmo y una presa empezó a regar sus tierras. Conservaron cierta autonomía en el municipio y empezaron a hacer política en esferas más amplias, dentro del Partido Revolucionario Institucional. La zona central de Juchitán se urbanizó. Les pusieron nombres a las calles y resultó que la avenida José F. Gómez podía ser paralela a Morelos o perpendicular a Hidalgo, que Cinco de Mayo arrancaba del monumento conmemorativo a la Batalla del Cinco de Septiembre, en la cual los zapotecos (y no los zacapoaxtlas) derrotaron a los franceses en el Istmo (y no en Puebla), que en el parque Revolución se erigía la estatua del general Heliodoro Charis, caudillo juchiteco de filiación obregonista.

En el periodo posrevolucionario llegó a haber muchas coincidencias con la nación. Aun así, no todo era armonía, ni siquiera en los mejores momentos. Los libros de texto dicen que Benito Juárez es uno de los más grandes héroes mexicanos, pero no por eso dejaron los juchitecos de "hilvanar recuerdos de viejas luchas cimentadas en siglos de injusticia"² con los que arribaron a juicios irrenunciables: Juárez, en 1847,

asumió su papel de representante de los enemigos de los indígenas [...] conforme se fue sintiendo seguro en la gubernatura empezó a tomar la iniciativa para cobrar el control del departamento de Tehuantepec, consumir el despojo de tierras y salinas en perjuicio de los indígenas y reprimir a los zapotecos de Juchitán y a sus líderes, que encabezaban el movimiento por la restitución de los bienes comunales.³

Podría parecer que se empeñaban en alimentar antiguos rencores, si no fuera porque durante los 136 años que siguieron a la rebelión aplastada por Juárez sobraron motivos para

1 Del poema de Víctor de la Cruz "¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestro nombre?" ("Tu lanu, tu lanu"), en Víctor de la Cruz, *La flor de la palabra* (guie'sti'didxaza - edición bilingüe. Antología de la literatura zapoteca), Dirección General de Culturas Populares y Premiá Editora, México, 1983, p. 81.

2 Víctor de la Cruz, *La rebelión de Che Gorio Melendre*, publicaciones del H. Ayuntamiento Popular de Juchitán, México, 1983, p. 5.

3 Ibid., p. 13.

impugnar a los gobiernos estatales y nacionales. Y cuando se agudizaban los conflictos era importante apelar a una rebeldía sólidamente anclada en la conciencia social.

“SE FUE LA LUZ A OTRA PARTE DEL DÍA”⁴

¿Cuáles son las posibles lecturas de la historia para un pueblo que ha sostenido intensos combates políticos durante los últimos quince años? De entrada es claro que hay toda una gama de imposibles: aquellas presididas por la armonía y por la unidad indiscriminada. Es claro también que cualquiera de las posibles estará permeada por los conflictos sociales y que tendrá que dar cuenta de ellos implícita o explícitamente, aun a espaldas de quienes invocan el pasado. Porque en todo momento, el discurso histórico regional está acotado por dos coordenadas: primero, por la identidad étnica, precisada primordialmente y con mayor detalle para los juchitecos y, en un marco de referencias más generales, para los zapotecos del Istmo. Aquí las preguntas sobre “cómo fuimos” son inseparables de la reflexión sobre “quiénes somos y qué queremos”, que se proyecta hacia el futuro. Segundo, por las formas en que los juchitecos se inscriben a sí mismos en la nación y conceptualizan sus relaciones con el exterior.

Tan sólo por su privilegiada ubicación geográfica, en el nudo que une importantes rutas comerciales que ya operaban desde la época prehispánica, no podríamos caracterizar al Juchitán contemporáneo como una comunidad “marginada”, como una “zona de refugio” de los indígenas zapotecos que huyeron de los embates del capital. Por el contrario, la acumulación comenzó a abrirse brecha desde finales del siglo XVIII, cuando se extendió en el Istmo la producción de tintes vegetales destinados a la industria textil europea. Tampoco se trata de una comunidad internamente homogénea. La diferenciación social, que empezó a cristalizar cuando la administración colonial sostuvo a una dirigencia indígena encargada de recaudar los tributos, favoreció más tarde una distribución desigual de los beneficios que la comunidad retenía por la producción de los tintes. A lo largo del siglo XIX se puede rastrear la trayectoria de un grupo local de mercaderes que traficaban con los textiles y la sal que se producía en la región y con mantas inglesas introducidas desde Guatemala. En el periodo posrevolucionario se consolidó una burguesía de origen zapoteco, cuyas actividades eran básicamente comerciales.

El pueblo juchiteco no se sometió dócilmente a esta expansión del capital. Desde el levantamiento que protagonizó a mediados del XIX, y durante casi un siglo, se vio envuelto en pugnas y rebeliones que se intensificaron al calor de la Revolución Mexicana y de los combates que la prolongaron hasta los años treinta. En estos movimientos no se enfrentaba una comunidad zapoteca monolítica a la ofensiva exterior. Se sucedieron las fracturas internas tanto como la construcción de alianzas, más o menos endebles, con diversas fuerzas nacionales beligerantes.

Esta etapa, larga y agitada, desembocó en un periodo de relativa estabilidad que duró alrededor de treinta años (desde finales de los treinta hasta fines de la década de los sesenta). Durante este lapso, los efectos más visibles del desarrollismo convivían con las condiciones fundamentales de reproducción de la población mayoritaria: el acceso a la tierra y la combinación de actividades agrícolas y pesqueras con la producción de sal y artesanías, que favorecían un intenso intercambio dentro de la comunidad y le permitían retener excedentes de los que, de otro modo, se hubiera visto privada. La introducción de

4 Del poema de Macario Matus “Han muerto mis compañeros”, en Víctor de la Cruz, *La flor...*, cit., p. 77.

escuelas, servicios de salud y comunicaciones contribuyó en cambio al bienestar y alentó una circulación mercantil que involucraba en diferentes escalas amplias masas de comerciantes. Una fracción local dirigente mediaba las relaciones con el exterior. Su dominio estuvo fundado tanto en el ejercicio del poder municipal y el gradual acaparamiento de ciertas actividades comerciales como en el consenso con que contaba internamente, en la medida en que contribuía a garantizar la reproducción del conjunto de la comunidad. Por otra parte, vista desde la nación, esta ascendente burguesía había conquistado su lugar en el seno de la "familia revolucionaria".

Todo lo anterior sólo da una apretada idea de cómo la identidad étnica de los juchitecos contemporáneos se ha conformado en un conflictivo e intenso proceso de interacción con las clases dominantes y los Estados nacionales, en medio de diversos embates del capital que llegaron a interiorizarse en la propia comunidad, a medida que se profundizaba la diferenciación social. Era de esperarse que una nueva etapa de expansión capitalista, la que acompaña los proyectos de modernización del Istmo de Tehuantepec emprendida a finales de los años sesenta, fuera recibida con reticencias y resistencias. Pero si durante los últimos quince años se han tensado y polarizado las fuerzas y resulta tan lejana la posibilidad de conciliar al pueblo con las iniciativas de las clases dominantes es porque éstas atentan contra sus más elementales condiciones de reproducción, al llevar aparejadas diversas modalidades de despojo de las tierras de la comunidad.

La confrontación que se despliega durante este último lapso no es del todo inédita para Juchitán: no opone simplemente a una comunidad tradicional contra el desarrollo, la acumulación capitalista y el ascenso de la burguesía. La modernización se ha combatido y asimilado en momentos anteriores, sin que por ello se desarticulara la identidad étnica; y lo único realmente "tradicional" entre los juchitecos es su rebeldía ante la opresión y su flexibilidad para adaptarse a los cambios conservando y readecuando su especificidad, así como ciertos márgenes de incidencia sobre las transformaciones en que se han visto envueltos.⁵

Desde el otro extremo, las luchas recientes tampoco son la inmediata y lógica continuación de un combativo pasado. Implican rupturas profundas con respecto al pacto que fundó la estabilidad precedente; exigen cuestionar la identidad juchiteca, hoy atravesada por divergencias irreconciliables; abren el debate acerca de los parámetros que normaron la pertenencia de los juchitecos a la nación, porque ésta les muestra insistente sus

5 John Tutino discute las propuestas de quienes atribuyen las rebeliones de los campesinos indígenas a una respuesta directa ante los embates exteriores (capitalistas o colonialistas). Tutino opta en cambio por buscar en la debilidad de los enemigos la clave de los levantamientos. En lo que se refiere al que fue protagonizado por los zapotecos a mediados del siglo XIX, Víctor de la Cruz, en *La rebelión de Che Gorio Melendre*, cit., refuta a Tutino e insiste en buscar las causas del movimiento en la defensa de sus recursos naturales emprendida por la comunidad de Juchitán, que implicó el repudio al gobierno de Benito Juárez en tanto éste, como gobernador del estado de Oaxaca, sostuvo el despojo de tierras y salinas, protegiendo su apropiación privada por parte de terratenientes extranjeros. Desde esta última perspectiva, sería importante agregar que a los pueblos oprimidos les sobran motivos de protesta, en diversos momentos de su historia. Pero la articulación de una fuerza social, la construcción de una unidad suficiente para emprender la rebelión, habría que buscarla justamente en las formas en que el embate exterior trastoca la vida de la comunidad. La expansión de los intereses capitalistas en Juchitán, desde finales del siglo XVIII, ha coexistido, en diversos momentos, con la reproducción global de los miembros de la comunidad. Pero el descontento ha estallado en acciones sostenidas cuando se ponen en entredicho las condiciones fundamentales que aseguran la sobrevivencia de los juchitecos, articuladas en torno al acceso a los recursos naturales, la tierra, la pesca y las salinas. Véase John Tutino, "Rebeliones indígenas en Tehuantepec", en *Cuadernos Políticos*, n. 24, abril-junio de 1980, pp. 89-101.

facetas más agresivas.

Después de que la presa Benito Juárez dio origen al distrito de riego No. 19, inaugurado en 1964, la compulsiva preocupación estatal por recuperar las inversiones que involucrara y los consiguientes esfuerzos por orientar la producción agrícola hacia una rentabilidad inmediata empezaron a limitar el acceso a la tierra de muchos campesinos o a marginarlos de la toma de decisiones sobre los cultivos. La burguesía local intensificó aceleradamente el acaparamiento de parcelas, acrecentada su codicia por las expectativas que generaron el riego y los créditos oficiales. Se deslizaba entonces, decididamente, hacia un bando contrario al de las mayorías populares.⁶

Una vez así abiertas las hostilidades, con cada empresa estatal, a cada paso de las fracciones dominantes, se agregaba un nuevo eslabón a la larga cadena de agravios que pesa sobre el pueblo. La concentración de grandes extensiones de tierras en unas pocas manos quedó consagrada por la expedición de títulos de propiedad privada y, más adelante, por la aplicación de la Ley de Tierras Ociosas. En el manejo de los créditos han prevalecido la usura o los criterios empresariales, que se traducen en la exclusión de los agricultores pobres o en el despojo de los campesinos endeudados. La instalación del Ingenio López Portillo estuvo plagada de errores técnicos y presidida por la imposición de un rígido control sobre los cañeros. A la par que se extendía el trabajo asalariado en el campo y en la zona urbana de Juchitán, se ensayaban fórmulas para escamotear todos y cada uno de los derechos laborales. Con la expansión de Salina Cruz se restringió el regadío, privilegiándose el uso industrial de las aguas. Los caciques y terratenientes ejercieron el poder municipal en beneficio propio y se sostuvieron en él con apoyo del partido y las fuerzas represivas oficiales durante cuatro periodos, abatiendo a los contingentes que pugnaban por un ayuntamiento democrático desde 1968. En el futuro próximo tampoco se avizoran perspectivas alentadoras: la operación de un moderno ferrocarril transoceánico habrá de enlazar al Istmo de una manera más sólida con la geopolítica norteamericana.⁷

El pueblo juchiteco se apresta una vez más a la lucha. Se revela entonces la terca sabiduría de quienes no olvidaron agravios seculares, porque para enfrentar las amenazas inéditas de los poderosos habrá que poner en pie las tradiciones y convocar los recuerdos. Sólo así llegará la vida a organizarse para la resistencia.

“LAS PALABRAS DESENVAINAN PALABRAS”⁸

Los prolongados combates sostenidos en Juchitán han llevado a la constitución de dos grandes bloques sociales, que en la región se identifican, respectivamente, con el Partido Revolucionario Institucional y con la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo. Uno de ellos, no sin contradicciones internas, ha estado hegemonizado por los caciques y los terratenientes locales; pero como al mismo tiempo está inscrito en el partido oficial, se ha convertido en portador de las iniciativas de modernización para el Istmo. Alrededor del

6 Véase Arturo Warman, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, ed. Nuestro Tiempo, México, 1972 y "El futuro del Istmo y de la presa Juárez", entrevista a Arturo Warman por Francisco Toledo, en *Guchachi' Reza*, n. 15, publicación trimestral del H. Ayuntamiento Popular de Juchitán, México, junio de 1983, pp. 2-4.

7 Sobre los problemas agrarios recientes, véase "La tenencia de la tierra y el movimiento campesino en el Istmo de Tehuantepec", de la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo. En la *Memoria del Primer Congreso Nacional sobre Problemas Agrarios*, ed. de la Universidad Autónoma de Guerrero, México, 1981, pp. 173-85.

8 Proverbio zapoteco, en Víctor de la Cruz, *La flor...*, cit., p. 37.

otro se han venido aglutinando amplios contingentes populares en defensa de sus derechos agrarios, laborales y políticos. A medida que se van definiendo dos proyectos distintos y se tensan las fuerzas en torno a ellos, se van conformando los discursos que fundan su legitimidad. En ellos reencuentran coherencia y funcionalidad la cultura étnica y los recuerdos históricos. Como los integrantes de ambos bloques quieren participar en la construcción del futuro, tienen que prefigurarlos en una utopía; y si se quiere que la utopía potencie al movimiento, ésta tiene que sintetizar experiencias y aspiraciones y conquistar su legitimidad en oposición a los proyectos enemigos, mostrándolos convincentemente como antinaturales e ilegítimos.

No basta con sumar oposiciones y enlistar esperanzas para que un proyecto movilice voluntades y concite la unidad. Porque las experiencias colectivas que harían creer en su viabilidad se encuentran en el pasado. Se impone, por tanto, la necesidad de arrancar de la historia la fortaleza que sostenga los arduos combates que se emprenden. Los grupos contendientes se reclaman depositarios de una "continuidad" articulada a partir de intereses contrarios, por lo que permite afrontar a las fracciones divergentes como contraventoras de tal continuidad.

Al bloque representado por el PRI le basta con buscar la permanencia del "progreso", apelando a la etapa de desarrollo comprendida entre 1940 y 1970, en la cual, por otra parte, mantuvo una hegemonía casi indisputada sobre el conjunto de la población. Llama insistentemente a la armonía, y a la paz social que guiaron aquellos tiempos. El hecho de que el carácter de la fracción dirigente que conduce a este bloque se haya transformado durante los últimos años, a la par que las condiciones de vida y de trabajo de las amplias masas, queda relegado a un segundo plano. Las bases del pacto se han erosionado, pero se exige mantenerlo en nombre de la continuidad. Lo que se aparte de ella tiene muchos nombres, más o menos equivalentes: desorden, inseguridad, vandalismo, guerrilla, violencia, ilegalidad y hasta imperialismo soviético.

Para el pueblo juchiteco, el futuro que proponen las clases dominantes significa nuevas y más feroces formas de opresión. El pacto que organizó su pasado reciente está fracturado. Sostenerlo sería poner en peligro la propia sobrevivencia; apelar a él implicaría aceptar que se perpetúe el estado de cosas que engendró la situación que se impugna actualmente. Esto obliga a buscar una continuidad más atrás: en un pasado extraordinariamente rico en episodios de lucha.

Sorteando complicidades y traiciones, la memoria acompaña fiel a la resistencia. Por eso tantos campesinos recuerdan y platican entusiasmados la derrota de los franceses, dolidos de la muerte del Che Gómez, mientras que no reviven con igual nitidez los acontecimientos de la década de los cincuentas. Para ellos, en la etapa anterior al inicio de la ofensiva encaminada a arrebatarles sus tierras, "no pasó nada", o pasó muy poco en el ámbito de lo social. En un documento de la COCEI, redactado en 1977, se exponen con amplitud los levantamientos populares, seguidos por un "largo periodo de calma" que no requiere más comentarios.⁹ Si el presente está comprometido a fondo con el movimiento, la historia es la historia de las luchas o no hay historia: no hay nada que contar. Si se reconocen progreso y bienestar es como resultado de anteriores victorias que hoy se hallan en peligro y no como el gradual resultado de algunas décadas de estabilidad. Porque no se puede construir si no se allana el terreno de los obstáculos que fueron creciendo durante esos años en los que no pasó nada. Porque el derecho de ver hacia adelante habrá que conquistarlo interrogando al

9 COCEI, *Alternativas de lucha*, mecanoscrito, México, 1977.

pasado.

Como el proyecto popular no encuentra un terreno propicio para enraizar en los años que preceden al surgimiento del descontento, su continuidad debe construirse en espacios más complejos y remotos. Los acaparadores de tierras lograron a finales de los sesentas que el presidente Díaz Ordaz y las autoridades agrarias les entregaran títulos de propiedad privada, gracias a los cuales aceleraron la concentración de parcelas. Pero, cuando se ponen sobre la mesa los títulos primordiales de la comunidad, se demuestra que esas tierras desde siempre han sido comunales, que su privatización sólo puede ser ilegítima y que será rechazada tal como lo fueron los reiterados intentos de despojo emprendidos durante el siglo XIX. Si actualmente un pequeño grupo de juchitecos se apodera de grandes extensiones esto significa que han dado las espaldas a su pueblo y que se colocan en el bando de los latifundistas extranjeros Guergué y Maqueo y del monopolista Francisco Javier Echeverría, quienes hacia 184,0 quisieron usurpar las tierras y las salinas de Juchitán.

Los caciques locales encuentran un amplio respaldo de parte de los gobiernos estatal y federal; pero ya se sabe que hay que desconfiar de la "vallistocracia" que ha gobernado Oaxaca en beneficio de la burguesía y del centro, marginando y oprimiendo a la población istmeña. Dentro del PRI, la fracción dominante abandona los intereses de las mayorías para imponer la supremacía de los vallistos (habitantes de los valles centrales de Oaxaca) que reencarnan enemigos y vestidos de azul: como policías del estado.

A principios de los setentas se puso a prueba la confianza en los dirigentes: Manuel Musalém Santiago, "Tarú", llevado a la presidencia municipal por los campesinos, los traicionó desde la alcaldía, asociándose con el grupo de caciques que había controlado el poder. Pero la historia muestra que los juchitecos han sabido engendrar líderes leales. Por eso durante la última embestida represiva, en septiembre de 1983, algunos campesinos previnieron a sus dirigentes de aceptar comidas con sus enemigos, porque Che Gorio Melendre murió envenenado en una de éstas en 1853. Otros insistieron en que el depuesto presidente del ayuntamiento popular no viajara solo, porque así había sido asesinado el Che Gómez en 1911. Las advertencias conjuraban peligros y eran también actos de fe. Los enemigos del ayer reaparecen a imagen y semejanza de los actuales.

Numerosos intelectuales zapotecos han sido sensibles a la búsqueda emprendida por su pueblo. Como Andrés Henestrosa, las nuevas generaciones de artistas han hallado en sus propias imágenes y tradiciones las fuentes de inspiración. Pero en los tiempos de Henestrosa era posible creer en una convivencia entre la comunidad y la nación y hacer de la cultura local un elemento que enriqueciera la de todos los mexicanos. Por eso el literato, que se reconocía en el lunar de Cuauhtémoc, confesaba que la sonrisa de una rubia lo conmovía hasta las lágrimas; y apreciaba a una joven maestra que iba a ilustrar al pueblo; ella, que leía a Romain Rolland.¹⁰

Años más tarde, los intelectuales y artistas juchitecos empezarán a percibir el malestar y el desconcierto que iban atrapando a los campesinos. En 1967 un grupo de ellos se unió alrededor de una pequeña publicación: *Neza Cubi* (Camino Nuevo). Era una joven generación "revolucionaria y luchadora por la justicia", que emprendía "la revaloración de la cultura zapoteca".¹¹ En un clásico movimiento de "retorno a las fuentes"¹² y en el terreno

10 Andrés Henestrosa, *Una alacena de alacenas*, INBA, México, 1969.

11 *Neza Cubi* (Camino Nuevo). Revista Literaria y de Cultura. Publicación bimestral. Director: Macario Matus. Redactor: Víctor de la Cruz. Imprenta Ruiz, México. Apareció entre 1967 y 1970.

12 "[...] el 'retorno a las fuentes' es históricamente posible sólo cuando implica, además de un compromiso real en la lucha por la independencia, una identificación total y definitiva con las aspiraciones de las masas

de la poesía, el periodismo y la literatura, comenzaron a rasgarse los velos que el folklore tendía sobre la opresión de las masas. El camino nuevo condujo a muchos de quienes incursionaron por él a un sólido acercamiento con las luchas populares; del relativo localismo cultural de esta etapa podían extraerse presagios de la defensa del destino propio ante los embates de fuerzas adversas; al escribir la historia de los paisanos se ampliaba el recuento de sus combates.

"Y NO PORQUE TENGAS GANAS TE VAS A QUEDAR"¹³

El recambio de las autoridades municipales de Juchitán empezó a anunciarse, desde los primeros meses de 1983, como una coyuntura particularmente tormentosa. Ha transcurrido y habrá de desenlazarse en el complejo contexto de una nación moderna como México: donde la reforma política y el sufragio coexisten con la preparación de fraudes electorales; donde el apego a la vida institucional no es ajeno a la manipulación de las leyes, que se puso en juego para destituir al ayuntamiento popular electo en 1981; donde los tradicionales paliacates rojos de los campesinos coceístas brillan bajo el mismo sol que las armas de alto poder de Teodoro "Rojo" Altamirano, el candidato priísta a la diputación que ha optado por introducir a la comunidad algunos importantes avances de la tecnología belicista. Pero todo lo anterior no bastó para exentar la confrontación de una intensa lucha por la apropiación del patrimonio histórico.

Ésta se libra básicamente en torno a la figura de Heliodoro Charis, un importante general revolucionario juchiteco de filiación obregonista. Aquí no se trata de detenerse en lo que unos pocos libros digan sobre Charis. Basta reconocer su estrecha colaboración en la construcción del Estado moderno, su participación en la guerra contra los cristeros y su compadrazgo con el propio Obregón. Entre sus paisanos destacó por su contribución al beneficio social, sin olvidar por ello el propio. Fundó la colonia "Álvaro Obregón" en unas tierras vecinas a la comunidad de Juchitán, parte de las cuales fueron expropiadas al marqués Maqueo y otras más compradas por los campesinos, que las pagaron con cargas de maíz y con ganado. La colonia constituye actualmente una agencia del municipio de Juchitán.

Resulta más interesante la reconstrucción de la trayectoria de Charis hecha por los protagonistas de las luchas actuales. Si la historia regional habla siempre de los antepasados, en este caso se trata de un ancestro mucho más cercano: Charis era padre del candidato a diputado suplente de la alianza COCEIPSUM y suegro del candidato priísta. "Rojo" Altamirano, al casarse con la hija legítima del general, se convirtió en su heredero: además del sentido metafórico e ideológico que tuviera dicho legado se benefició directamente de sus riquezas y de sus tierras.

Como dirigente local del PRI "Rojo" Altamirano había resaltado por su beligerancia en el combate a la COCEI. Después mostró que también sabía ejercer el radicalismo verbal. El 26 de abril organizó un acto de masas en el parque Revolución: unas seiscientas personas se congregaron frente a la estatua del general Charis para conmemorar el aniversario de su

populares, las cuales no sólo impugnan la cultura del extranjero sino también, globalmente, su dominio. En caso contrario, el 'retorno a las fuentes' es sólo una solución con vistas a conseguir ventajas temporales y, por tanto, una forma, consciente o inconsciente, de oportunismo político de parte de la pequeña burguesía". Amílcar Cabral, *Cultura y liberación nacional*, t. 1, colección Cuicuilco, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1981, p. 169.

13 De "La vida", canción zapoteca de Juan Jiménez, en Víctor de la Cruz, *La flor...* cit., p. 91.

muerte. Junto a algunos soldados charistas sobrevivientes, "Rojo" exaltó la figura de su suegro al lado de héroes mexicanos como Benito Juárez y Álvaro Obregón. Al revivir la historia patria, se pronunciaba enérgicamente en contra de los líderes y las ideas extranjerizantes, haciendo la consabida referencia a su carácter "ajeno a nuestra idiosincrasia". El homenaje hubiera pasado más o menos desapercibido por gran parte de la población de no ser por la asistencia del gobernador de Oaxaca, Pedro Vázquez Colmenares, y por el amplio despliegue de la policía del estado. Poco tiempo después "Rojo" Altamirano fue postulado como candidato a diputado por el partido oficial.

La concentración del 26 de abril marcó las pautas para toda su campaña electoral. Al optar por la nación, se buscaban en ella los puntos centrales de apoyo y se la convertía en parteaguas para excluir a la fracción opuesta. Si los dirigentes de la COCEI no representan a la patria, sólo pueden ser cómplices de los "guerrilleros centroamericanos" o agentes del "imperialismo soviético". Al acogerse bajo la legitimidad encarnada por el gobernador del estado, se impugnaban otras opciones como claras muestras del desorden y la violencia.

Al recorrer ese camino los priístas se apartaban de la memoria de los campesinos, para quienes la historia no puede ser una línea recta e ininterrumpida que conduzca desde Juárez hasta Vázquez Colmenares; perdían las referencias de la identidad juchiteca, según las cuales lo ajeno y "extranjerizante" no tiene por qué identificarse con países escasamente conocidos y sí con quienes oprimen desde la capital del estado.

Para anclarse más a fondo en Juchitán, "Rojo" Altamirano apeló a la figura de Heliodoro Charis. Por razones de parentesco era una de las que tenía más a mano, pero este hecho no era suficiente para convertirla en argumento político. Se trataba más bien de que, desde su perspectiva, el general era una imagen de la armonía, tanta en el interior de la comunidad como entre ésta y los gobiernos estatal y nacional. Había participado activamente en las batallas que se sucedieron durante las primeras décadas del siglo XX, contribuyendo con ímpetus semejantes a inaugurar y estabilizar la siguiente etapa de paz social que se vivió en la región durante más de treinta años. Podía depositarse en él la tarea de sintetizar la continuidad deseada y evocar a la vez a un líder que contó con la simpatía popular.

"¡PERO MIREN CON QUIÉNES SE METIERON!"¹⁴

Si Charis puede ser un modelo de concordia, el Che Gómez evoca la perfidia del régimen y revive las batallas que no admiten componendas. Aunque ambos fueron contemporáneos, el relativo éxito mundano del primero y el asesinato temprano del segundo abren espacios para que cualquier distancia los separe. Siendo además muy popular y respetado en Juchitán, José F. Gómez pronto se convirtió en la figura central de la continuidad cociesta. Heliodoro Charis sólo asomaba de repente a este discurso, la mayor parte del tiempo permanecía arrumbado en el desván de los recuerdos que no se requieren cotidianos.

La herencia de Charis, en cambio, ocupaba un papel de primer orden en la vida de los campesinos de la colonia Álvaro Obregón. El diez de mayo de 1983, en la fiesta en que se conmemoró el quinto aniversario de la fundación del ejido Emiliano Zapata en los terrenos largamente disputados desde la muerte de Charis, los colonos y ejidatarios cociestas y sus dirigentes recorrían la historia de sus luchas atesoradas en la memoria colectiva, en los corridos, en el relato de las anécdotas vividas en común, en la alegría por la victoria y los obstáculos rebasados y en el cariño vigilante que empeñan en la construcción de su futuro.

14 De "5 de septiembre" (del año de mil ochocientos sesenta y seis), poema de Eustaquio Jiménez *Girón*, en Víctor de la Cruz, *La flor...*, cit., p. 61.

En vida de Charis los colonos contaron con parcelas suficientes dentro del área que había sido expropiada al marqués Maqueo. El resto de las tierras de lo que fuera un gran latifundio y que los campesinos habían comprado permanecía como reserva en previsión de futuras necesidades agrarias: unas cinco mil hectáreas. Ya desde entonces la figura del general era un tanto controvertida. Unos dicen que ayudó mucho con los trámites y con préstamos que hacía a las familias necesitadas, que la gente lo seguía sin cuestionar su autoridad. Pero de todos modos hay rumores. Dicen que mandó matar a uno que se le opuso: a Rosalino Matus. En realidad los problemas empezaron cuando el general era ya muy viejo, porque la esposa y la hija eran las que decidían todo. Y cuando se murió fue peor, porque las tierras que los colonos habían pagado estaban a su nombre y la familia se aprovechó de esto, arrebatándolas a los campesinos y vendiéndoselas a Federico Razgado, quien logró también apropiarse de las salinas próximas.

Por esos tiempos —a principios de los sesentas— la vida era muy dura. Con relatos y canciones, a veces en español o traduciendo fragmentos de las conversaciones en zapoteco, un ejidatario que fue subcomandante de la policía municipal en el ayuntamiento popular recobra esa etapa. A los trece años tuvo que salir a la pizca de algodón en Tapachula; no sabía hablar español, ni leer, no tenía tierra ni nada. Poco a poco se fue enseñando y tuvo que hacer de todo: fue jornalero, peluquero, aprendió a escribir y le tocó la lucha por la tierra y por el ayuntamiento, y hasta que lo llamaran a la subcomandancia para "cuidar al pueblo".

Si sólo algunos llegaron a enfrentarse con Charis, Federico Razgado no tuvo tanta suerte. A diferencia del general, tenía muy escasos puntos a su favor y las necesidades agrarias eran cada día más apremiantes. El movimiento se inició desde antes de que surgiera la COCEI. Los ejidatarios, decididamente cocietas, se refieren a estos años con una mezcla de orgullo de precursores e incertidumbre de combatientes solitarios que resuelven en la Coalición: "Pregúntele a quien quiera, a Polín de Gyves, ¿quién es el pilar de la Coalición?" Porque la Iucha, ya dentro de la COCEI, fue esforzada y exitosa. Varias veces entró el ejército. Un dirigente local y miembro del consejo de vigilancia del ejido, "Choca", narra una de ellas. Llegaron los soldados y los rodearon. Él se acercó y lo amenazaron, pero a "Choca" le pasó como a Espartaco, descubrió la antigua consigna: volveré y seré millones. "Les dije que si querían me podían matar, pero que yo iba a volver, iba a renacer. No me entendieron lo que les quería decir, que era volver en la gente, en el pueblo."

Y esa gente recuperó por fin las tierras que habían pagado sus padres y sus abuelos con el producto de su trabajo. Decidieron fundar en ellas el Ejido Emiliano Zapata. A estas alturas ¿ya para qué pelearse por Charis? Muchos lo recuerdan con cariño, otros tienen sus dudas o se reservan su opinión. Pero de lo que todos pueden estar seguros es de que "Rojo" Altamirano en la herencia lleva la penitencia.

Y todavía se atreve a hacerle homenajes al general; habla mucho de él y hasta trajo al gobernador a ese acto en el parque Revolución, cuando que "Rojo" fue justamente el primero en traicionarlo. Como los colonos de Álvaro Obregón y los ejidatarios de Emiliano Zapata son "el pilar de la Coalición", su historia se socializa rápidamente. Cuanto más haga descansar "Rojo" Altamirano su campaña electoral en la continuidad de la trayectoria de Heliodoro Charis, más descarnada será su deslealtad para con él. A principios de julio de 1983 se comentaba con insistencia y se denunciaba en los mítines de la COCEI que "Rojo" había alterado el testamento del general, falsificando su firma para que las tierras de los colonos quedaran en manos de su esposa, que después se las vendió a Federico Razgado.

Durante un par de meses los priístas habían tratado de forjar un héroe que los unificara,

una figura en la que el pueblo se reconociera y que tendiera un hilo conductor hacia los nuevos líderes del partido oficial. Pero por más que Charis no fuera un gran santo de la devoción de las masas juchitecas, los coceístas no lo abandonaron. En primer lugar por el arraigo que sí tiene entre algunos grupos campesinos, pero sobre todo porque no se podía ceder una imagen que amenazaba convertirse en un arma en manos enemigas. Sin traer a la discusión la vida del general, todo lo que pudiera valorarse de ella no sólo se le arrancó a "Rojo" Altamirano sino que se volvió como boomerang contra él.

"NO SEA QUE A LOS JUCHITECOS SE LES OCURRA VOLVER"¹⁵

Al comparar la agencia Álvaro Obregón con la cabecera municipal de Juchitán se impone el reconocimiento de que en la primera tienen mayor fuerza y nitidez algunos rasgos provenientes de la cultura zapoteca. La evidencia del "continuum folk-urbano" irrumpe con pretensiones de aclaración: en un caso se trata de la vida rural y en el otro de una ciudad. Pero no logra despejar del todo nuevas cuestiones. Por ejemplo: ¿hasta qué punto una lucha por la tierra y una confrontación entre los mismos zapotecos, más temprana en la agencia que en la cabecera, movilizó la identidad y puso en juego la memoria colectiva con ritmos y modalidades diferentes? Los campesinos de Álvaro Obregón que se reivindican pilar de la COCEI ¿no son a la vez un pilar que enriquece la cultura del conjunto de los juchitecos?

El diferencial rescate histórico conduce también a problemas semejantes. Una primera interpretación —un tanto ingenua— lleva a suponer que los coceístas se proponen una vuelta al pasado, mientras que los priístas emprenden la modernización regional. Pero el mito de los "pueblos primitivos" que se refugian en sus antiguas tradiciones se estrella en este caso con una interrogante: ¿a cuál pasado se pretende volver? Porque no es al inmediato anterior, a la época de paz y armonía que arribó al despojo de las tierras y a la opresión política. No se buscan herencias como las que pretende conservar Teodoro Altamirano. ¿Habrán que regresar entonces al pasado de los títulos primordiales de la comunidad? ¿Al de Che Gorio Melendre? ¿Al del Che Gómez? Si los juchitecos van al pasado en busca de una esencia, de una continuidad, regresan ante todo con la fortaleza de su rebeldía. Y en este sentido sí se trata de volver hacia atrás; más allá de la conformidad que caracterizó a los años previos a la reanudación de sus combates.

Es a partir de esta esencia indómita, que se requiere en pie y a cada día, que el pueblo juchiteco interpela y descifra su historia. Una historia solidaria con sus anhelos, que no se enajene de su vida y su destino.

Y ante el dinamismo que despliega en este terreno el "pueblo primitivo", contrasta el carácter inmutable de la historia oficial, la de la nación en marcha hacia la modernidad, que deja caer sobre las memorias colectivas todo el peso de su institucionalización y de su distanciamiento de las esperanzas de los pueblos.

15 Del cuento "La campana", Andrés Henestrosa, *Los hombres que dispersó la danza*, citado por Víctor de la Cruz. *La flor...*, cit., p. 129.